BRUMAS EN DÍAS DE SOL

BRUMAS EN DÍAS DE SOL



Nieves de la Rica Aranguren



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Julio de 2026

Depósito legal: SE 2804-2026

ISBN: 979-13-7060-503-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Nieves de la Rica Aranguren
Idea original del diseño de portada: Marta de la Rica Roxas
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Quiero dedicar este libro a mi hermano Carlos que, si siguiese con nosotros, lo leería con todo el cariño. A lo mejor desde allí arriba, también puede hacerlo.

I

Hasta ahora, mi vida no ha sido un camino de rosas, pero no me lo tomen como una queja… las complicaciones figuran en el orden del día de cualquier vida. Pero hay diferencia entre vivirlas acompañada o aprender a sobrevivir sola.

¡Hija única! He echado en falta a una hermana, o hermano, con quien compartir esas cuitas familiares que solo se comparten entre hermanos. Por algo son «familiares»…

Quizás por ello he buscado una alternativa a la «fraternidad» haciendo amigos, algunos muy íntimos, que me han ayudado a olvidarme de esa soledad y me han hecho ver la vida con otros ojos.

Pero solo como espectadores: las historias familiares ajenas no se viven de la misma manera que las propias. En cualquier caso, compartir sirve para aligerar mochilas o, mejor dicho, para repartir las cargas pesadas de la vida con buenos amigos.

Eso sí, la contrapartida es tener que arrimar tu hombro cuando ellos lo necesitan, lo que, curiosamente, produce más satisfacción y más intensa que estar acompañada de los problemas propios.

Mi padre era una persona muy atractiva. Era guapo y procuraba ir siempre elegante. Cuando quería era también divertido y, siendo muy pequeña, se sentaba en el suelo a jugar conmigo. Yo esperaba con muchas ganas esas tardes de domingo para jugar con él.

En mi recuerdo está que era más cariñoso conmigo que con mi madre.

Al explotar el fracaso del matrimonio de mis padres yo ya tenía edad de padecer. ¡Cómo me hubiera ayudado compartir con hermanos el desconcierto con que esa decisión ajena perturba tu vida!

Recuerdo muy bien el día en que mi padre se fue.

No hubo grandes escenas, ni explicaciones que una niña pudiera comprender. Solo maletas, movimientos rápidos y una sensación extraña, como si algo en la casa hubiera cambiado de sitio para siempre sin que nadie lo dijera en voz alta.

Yo era pequeña, demasiado pequeña para entenderlo todo, pero lo bastante mayor como para recordar la ausencia.

Después de aquello, la casa se volvió más silenciosa.

El nefasto día en que mi padre empacó sus maletas estaba como Will Kane (Gary Cooper), sola ante el peligro. La relación paterno filial es otro básico que me faltó en la infancia y que, sin duda —sin quejarme, insisto—contribuyó a hacer mi vida algo peculiar y un pelín más complicada.

No será por no haberlo intentado un par de millones de veces, pero no soy capaz de imaginar cómo hubiéramos sido yo, y también mi vida, si el hombre de la casa no se hubiera tomado las de Villadiego. Ninguna madre puede sustituir la figura paterna.

Mi madre seguía trabajando, llegando tarde, cansada. Su presencia era más bien un tránsito entre el trabajo y el sueño. Yo aprendí pronto a ocuparme de mí misma: despertarme sola, ir al colegio sola, volver sola.

Y en ese silencio cotidiano, empecé a construir mi mundo.

Durante demasiados años mi madre me resultó una perfecta desconocida. El tiempo que me dedicaba lo sentía escaso y de mala calidad. Mis tardes infantiles se convirtieron en una espera interminable.

Mi madre paraba muy poco por casa. El recuerdo más vivo de mi infancia es el de una orfandad tan solitaria que ha condicio-

nado mi vida adulta, hasta el punto de plantearme la renuncia a mi propia maternidad por miedo atroz a no ser una buena madre por no saber serlo, por no haberlo aprendido, porque nadie me lo enseñó…

¡Espero superarlo, también! Claro que, para paliar los efectos de la lejanía de mi madre, hacía como que no me afectaba, una farsa que, desde luego, es parte esencial de mi pequeña tragedia.

Hacía ver que no me importaba, pero, en el fondo solo deseaba una cosa: no ser como ella, y también que ella cambiara…

No obstante, porque necesité a mi madre y no la tuve, me he esforzado toda la vida en abrir mi corazón a las personas que pensaba podían necesitarme.

Lo cierto es que viví muy sola. Me faltó el calor de una familia y, aunque eso me ha generado inseguridades y miedos, disfrutar de un verdadero hogar ha sido —y sigue siendo— la mayor y mejor aspiración que tengo en la vida. Ha sido mi sueño desde pequeña. Y confío en conseguirlo.

Mi estímulo fue constatar que otras personas, en todo lo demás muy iguales a mí, disfrutaban de las ventajas de pertenecer a una familia unida y convivir en un hogar vivo y acogedor.

Quien debía haberme enseñado a querer no lo hizo, pero el amor está inmerso en las entrañas de toda persona. Yo lo tuve que aflorar a golpe de desengaños y, sobre todo, fijándome en todo el que pasaba delante de mí por si él o ella me querían.

Así, me he propuesto amar a muchos con los que me he cruzado y no siempre, pero la mayor parte de las veces me ha salido bien. Mi historia empezó mal, pero prospera. No pude contar con mis padres ni con hermanos, pero a estas alturas de mi vida creo haber logrado mi cuota de felicidad porque otros que eran felices han compartido la suya conmigo.

Emulando al poeta, mi infancia son recuerdos de un patio de guardería y de mil andanzas de mi barrio madrileño de Moratalaz.

En mi memoria más lejana no hay casi nada de mi madre. Salía temprano a trabajar, y al volver yo ya estaba dormida. En ocasiones pagaba a una vecina para que me sacara a pasear… Trabajaba de secretaria de dirección en una multinacional, cuyas oficinas estaban en un polígono empresarial de Alcobendas, en la otra punta de Madrid. No podía dejar la oficina antes de que su jefe, al parecer otro *workalcoholic* que odiaba ir a su propia casa, y por eso llegaba tan tarde…

A mis ojos de niña solitaria, era alta y guapa; lucía un bonito pelo castaño, siempre bien arreglado, que hacía destacar su piel ebúrnea. En cambio, tengo grabado su semblante tenso, distante y algo tristón. No era cariñosa: pocas veces me besaba, nunca me abrazaba ni me hacía caricias ni carantoñas.

Sin embargo, años más tarde, cuando crecí, ella mudó de manera de ser y, como Copérnico, cambió su modelo geocéntrico por el heliocéntrico, aunque la culpabilidad hacía que odiara hablar de aquellos primeros años.

A mi padre todavía le veía menos. Salía de casa más temprano aún. Yo imaginaba que iba a trabajar, pero también muchos fines de semana salía a la misma hora… Aunque siendo muy pequeña le recuerdo cariñoso y divertido, mis escasos recuerdos de él todavía hoy me provocan tristeza. Nunca he sabido qué problema tenía, pero pocas veces le vi reír. Mi madre le excusaba alegando que era su modo de ser y quitaba hierro a mis impertinentes observaciones de niña.

Pero, como suele pasar cuando al amor ni se le espera, como ya he contado, un buen día se fue para siempre. Yo nunca supe más de él. En ese momento tenía cuarenta años y mi madre acababa de cumplir los treinta y uno. Se habían casado después de un noviazgo largo y, por lo que luego supe, tormentoso. He llegado a dudar de que alguna vez se quisieran de verdad, pero el caso es que yo nací —de ellos— en 1985 en Madrid, en el típico barrio periférico, en construcción permanente, con incontables bloques